



EDITORIAL  
UCR



BREVE ANTOLOGÍA DE LA  
**ANGUSTIA**  
**UNIVERSAL**

Luis Antonio Bedoya

BREVE ANTOLOGÍA DE LA  
**ANGUSTIA**  
UNIVERSAL

**Luis Antonio Bedoya**



EDITORIAL  
UCR  
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4149

Nombres: Bedoya, Luis Antonio, 1975- , autor.

Título: Breve antología de la angustia universal / Luis Antonio Bedoya.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-185-2** (rústico)

Materias: LEMB: Cuentos costarricenses. | Literatura costarricense.

Clasificación: CDD CR863.5 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,  
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.  
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257  
administracion.siedin@ucr.ac.cr  
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.  
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

# ÍNDICE

9	La maldición
15	Árboles
27	Conversación con el músico
33	Un mirón
39	Esto no me lo quitaréis
43	Fuego
47	Hay que despertar temprano
49	El laudista
57	Suplantación
77	Astolfo
89	La quinta sinfonía
109	Psicopompo
121	Que van a dejar un chiquito al mar
143	La promesa del marqués de Greenfield

## LA MALDICIÓN

Un hombre me escribió desde Bristol. Es un hecho verdaderamente extraño –no quisiera dejar en algún lector cándido la impresión de que suelo recibir correspondencia de lugares exóticos–. El tono era firme, aunque educado, lo que la gente llama «inglés», pero la demanda resultaba contundente. Con un estilo fluido que forzaba un poco el comedimiento, atinó a colocar de soslayo, hacia el final de la carta, una lúgubre amenaza.

El rencor del inglés resultaba perfectamente justo. Confieso que sentí una culpabilidad abrupta y hasta una horrible vergüenza. Estas angustias eran igualmente oportunas, pues, tras leer aquellas razones, no existiría ninguna posibilidad de resarcir el daño monstruoso que le había infligido a aquel hombre, sin quererlo yo. Traduzco el fragmento más doloroso de aquella misiva:

*... su osadía no conoció límite desde el momento ominoso en que apareció la pequeña Estela en nuestras vidas. ¿Por qué arte demoníaco pudo usted conocer la verdad sobre la niña? Jamás se confió a nadie la condición de esterilidad de mi Isabel. Todo lo demás pudo usted*

*figonearlo en la basura, como una rata, pero el secreto de Estela... ¡¿Cómo?! Su ultraje es abominable.*

Pensé en responderle que proponía algo totalmente absurdo. No solo por el hecho de que él mismo se reconociese, ya de por sí, un tipo del común, sin ningún valor literario, sino también porque nos separaba un océano, y porque ya máxima que fuera la morbidez y excentricidad de un hombre, ya siempre incontenible el azar, pocas probabilidades habría de hacer pesquisas sobre aquellos detalles íntimos de la vida de un completo y trivial desconocido. Pero pronto deseché esa fácil postura y asumí mi responsabilidad. En efecto y sin saber cómo ni por qué, yo era culpable de haber robado la vida de ese infeliz y, mucho más horrendo, de haberlo condenado a la desgracia. Si antes deploraba el género de la novela, luego de esta aciaga ocasión, lo detestaré con toda el alma y para siempre. Nadie tiene derecho a procurarse una vida humana o su sombra, que es la vida dentro de una novela, y jugar con el destino –real o imaginado–, porque para el caso es lo mismo. La novela es un género decadente; siempre sostuve esa impronta y, no obstante, traidor de mí mismo, escribí mi maldita novela. ¡Cuántas veces habré de maldecirla! Aunque resulte que esa maldición no recaiga sino en su propia pluma.

Otro momento de la epístola infausta que debería recoger queda, pues, suscrito:

*¡¿Cómo proseguir la lectura de este... libelo?! Cada uno de los amargos párrafos preludian el terrible episodio del siguiente día, el episodio real, no el mímico. Con terror*

*he atestiguado la decadencia de mi amada Elizabeth, noche tras noche, consumida cada vez más por esta irremisible angustia, esta locura tan misteriosa como vergonzante. ¡¿Qué mente perversa podría imaginar un padecimiento así de abyecto?! Pero la niña, ¡¿también ella será una víctima de Dios sabe qué malignidad?! ¿Entonces resulta que a la vuelta de algunas páginas perderemos a la niña? Sé que ocurrirá, pues lo ha anunciado, mediante un recurso proléptico que, debe decirse, revela un pobre empleo retórico. No ha descrito cómo ocurrirá, por supuesto, merced a esa suspensión que también me parece barata, o cuando menos ligera. Vuelvo a decírselo: usted es una abominación...*

¡Espeluznante! Ha escrito que se acerca al final de la novela, o me parece haberlo leído –tan angustiado estaba que apenas colegía sustancia–. De ser así, pronto el funesto desenlace de una obra cuestionable confirmará el odio magnífico que con justicia este hombre siente por mí. Y quizá, su venganza.

Pero ahora entiendo y podría asegurar que me encuentro bastante convencido de que este hombre no alcanzará a leer mi novela hasta el final. Instintivamente ha descubierto cómo conjurar la maldición, esta fortuita maldición que nos maldice a ambos: autor y personaje. Es horrible. Algo peor: es absurdo. Es absurdo que la vida vaya a terminar así o, por lo menos, decepcionante. Y, aun con todo, no puedo decir que este extraño actúe por arrebató. Porque ¿acaso existe otra manera de alejar el hado que oscuramente guiara mi mano para marcar el destino de este hombre, como no fuere acabando con la fuente del maleficio? Efectivamente, el discreto inglés ha amenazado con matarme. Lo que esa

discreción no precisa es que forzosamente deberá cumplirse la amenaza, porque no hay nada que yo pueda hacer ahora: lo escrito está escrito.

No sé cuánto se tarda en cruzar el océano. Han de ser unos tres días. Pero no me animo a revisar la fecha de esta carta. ¿Quién querría, en todo caso, hacerse sabedor del día de su muerte? Tal vez el inglés haya arribado hoy y, quizá, por ese mismo prodigio que me hizo orquestador nefasto de su tragedia, sabrá encontrar el camino hasta mi puerta. La suerte ha sido echada, sin importar la fecha, pues la fecha o cualquier otra inocua consideración del tiempo es nada para las fuerzas ocultas que en secreto nos rigen y que, algunas raras veces, dejan entrever o percibir apenas su inexorable poder, ante el cual los vanos mortales somos solo serviles instrumentos. La pobre niña se habrá perdido ya en un mar de niebla, e inútilmente la madre, en su frenesí, la llama con sus gritos de súplica. Debo asistir a un par de reuniones hoy por la noche. ¿Haré bien en excusarme de ambas? ¿O quizá debería, como dice algún santo, seguir con la vida como si todo fuera aceptación y ruina anticipada? ¿Es mejor morir en la soledad de mi casa de San Pedro –mis dos gatos, como mínimos corceles del Erebo– o en medio de la concomitancia de autores menores, en una recepción insignificante llena de gente con esa misma condición? ¿Debería entregarme al terror o practicar una digna calma mientras aguardo mi inexplicable fin?... Basta. Cierro los ojos y me doy a las tinieblas, eso y nada más.

-0-

El hombre, no obstante, nunca llegó. Jamás recibí otra carta suya ni supe nada más. Tan extrañamente como se abriera, así se cerraba aquel portal fantástico. Tras de sí dejó –eso es digno de mención– a un hombre arruinado, su corazón afligido y el alma aterrada, la pertérrita sensación de que algo tira las cuerdas que animan a un monigote, a un autor-monigote. Toda doctrina positiva se vuelve irrisoria cuando se la enfrenta a una amarga epifanía. Y como, llegado a esta hora y a tal punto temo desafiar semejante poder, abandonando la escritura o dándome muerte por mi propia mano, así continúo, cautivo, maldito, en tanto que consumo abyectos sacrificios a los señores de las profundidades, por que nunca más lea la letra, escuche la voz o acaso conozca el rostro humano de los fantasmas que torturo en mis papeles.

## FUEGO

La casa había prendido maravillosamente. A través de las ventanas, el mobiliaje se desgajaba, se quebraba sobre sí mismo, se desvincijaba entre chispas crepitantes. Los cuadros se llagaban en óvalos que iban creciendo hasta tocarse y hacerse uno. Quise esperar hasta que el techo ardiera, pero el sofoco me obligó a marchar; luego de resistir un momento, el poder del fuego se reveló ante mí en su verdadera naturaleza y me asusté en grado sumo. Eché a correr con el corazón oprimido, así debe ocurrir siempre a los hombres en presencia del incendio, ese instinto atávico de los ancestros que adoraban al rayo sagrado.

Bajé la cuesta casi despeñándome por el adoquinado de la calle –habré caído hasta dos veces–. Nadie salía de sus casas aún, a pesar de la potente deflagración. Una vez que hube llegado a la calle principal, el sonido de sirenas arrancó finalmente al barrio de su estupor de villa burguesa. Los aterrados vecinos inmediatos abandonaron sus casas en ambulancias, mientras sus sirvientes sacaban los automóviles. Desde aquí habrá un kilómetro hasta la casa en llamas. Empiezo a sentir alivio. ¡Por fin! Es alivio, claro. Los cables se revientan y lanzan plateados

espumarajos y un humo muy blanco, o quizá es el efecto de las chispas. Se han oído gritos de mujeres: pocas se resistirían a la tentación que la oportunidad brinda. Pero, quisiera retirar lo dicho. Ha sido una expresión misógina. Y ya no hace falta ese tipo de expresiones. Sé que he sido un vil misógino desde siempre, aunque en silencio. Pero eso ha terminado. Eso acabó este día. Ya no tengo razón alguna para maltratar a ninguna mujer. Hoy lo supe. Solo tenía que destruir a una, para poder perdonar a las demás. (¿Perdonar? ¿Perdonar de qué y a quiénes?)... Yo solo debía acabar con una mujer y así lo he hecho. Estoy aliviado. Tengo que confesar que casi no pude, que casi me retiré aterrado de su rostro lívido, cuando este iba perdiendo rubor y ganando una palidez pavorosa. Pero no era la palidez sino sus ojos. ¡Oh, por Dios! ¡Sus ojos! Eran terribles. Aun pude observar un poco de odio en ellos, en medio del terror. Ahora que me miro las manos descubro el rastro de las uñas que intentaron arrancar la tenaza sobre los labios. Pienso que habrá piel mía en sus uñas –esos pruritos forenses que nos instauran los programas policíacos, las novelas negras, para los más cultos–. Pero el fuego se habrá encargado de confundirlo todo en el caos, hasta que ya nada se separe de su último destino. Bendito sea el fuego. El fuego es Dios. Sí, estoy aliviado. Ahora podré conocer a una mujer de quien pueda enamorarme. Está vencida, fulminada. Y no me serví de instrumentos brutales como metales o plomos, alambiques ni agujas. Ni siquiera imprimí una violencia onerosa. Solo cubrí los labios con mis manos. Sus uñas se enterraron en mi carne, ahora lo recuerdo. Aquellos ojos llenos de odio como ningunos no me dejaban atender a otros detalles. Ahora me sale una inquietud. Me perturbo

de nuevo. ¿Si uno pudiera recordar esa mirada la primera vez que la vio! Yo nací una tarde, como a las 3:00 p. m. Entonces, seguramente miré esos mismos ojos con amor. Ella me habría visto de la misma manera. ¿Me habría visto de la misma manera? No lo sé. Pero ya tal cosa carece de la menor importancia. Es posible, no obstante, que jamás ame yo a una mujer. Eso me llena de tristeza.

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

## SOBRE EL AUTOR

**Luis Antonio Bedoya** nació en San José, Costa Rica, en 1975. Es docente graduado en Filología Española en la Universidad de Costa Rica. Como poeta, ha publicado dos colecciones de poemas: *La posesión de este mundo* (Editorial UCR, 2012) y *La otra memoria* (Editorial UCR, 2014); como narrador, la colección de cuentos *Relatos paganos* (EUNED, 2010). Actualmente, enseña lengua y literatura.

Corrección filológica: *Katherine Rojas M.* • Revisión de pruebas: *Fabiola Benavides P.*  
Diseño de contenido: *Abraham Ugarte S.* • Diagramación: *Daniela Hernández C.*  
Diseño de portada: *Everlyn Sanabria R.* • Imagen de portada: Fotografía de stock del banco  
de imágenes libres de derechos pexels.com, 2930186 ID. Autor: *Lucas Pezeta.*  
Control de calidad: *Raquel Fernández C.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.  
Setiembre, 2024.

En diferentes épocas, estos relatos exploran un común temor al futuro y la incertidumbre del presente. Sus personajes son criaturas horripiladas ante el destino, el cual se manifiesta con signos ambiguos. Sus acciones, fluctuantes en fuerza y significado, revelan trayectorias impredecibles. Ya sea en la España de la guerra civil, en un acomodado Curridabat, en las selvas hondureñas o en la Inglaterra de los Lancaster, la obra examina la angustia universal, al iluminar u oscurecer el camino de los protagonistas, en busca de respuestas a la experiencia humana.